

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DEL EMBAJADOR JOSÉ CUENCA, *LA NOCHE DE BODAS. RELATOS DE CAZORLA Y DE SEGURA*

Por MANUEL OLIVENCIA RUIZ

Cuando recibí el ejemplar de este libro, me bastó “hojearlo” y “ojearlo” para emitir el resultado de un análisis “organoléptico”: “huele a campo y sabe a buena literatura”. Su lectura reposada me lleva a elevar a definitivas esas conclusiones: huele a tierra mojada de rocío; a tomillo aceitunero y a romero florecido; “al suave aliento” del espliego y al “dulce consuelo embriagador de la genista”; a pinares y a tisanas, a orégano, al aroma de las setas con las primeras lluvias de otoño. Como las casas de las sierras huelen “a limpio y a pobre”.

Y sabe a “buenas letras”, al gusto de la mejor literatura rural que evoca en el paladar del crítico el recuerdo de la prosa castellana de Delibes o de la andaluza de José María Pemán, Manuel Halcón, José y Jesús de las Cuevas o José Antonio Muñoz Rojas. José Cuenca se alinea en la mejor tradición de esas letras que nacen del campo y escriben del campo, de las gentes y de las cosas del campo. Y lo hace con “buenas letras”, con belleza, porque brotan del amor, la mejor tinta en que el escritor puede mojar su pluma.

Hay amor en este libro desde la dedicatoria: a sus padres, que le enseñaron el amor a la tierra. Y hasta el colofón late en cada página ese sentimiento de devoción a su sierra y a su tierra. Utilizo el posesivo quizás indebidamente, porque es José Cuenca el que pertenece a esa tierra, es de ella, amante poseso de la amada.

Esa clave de amor es la única explicación de que este jiennense de nacimiento, sevillano de formación, diplomático de profesión, viajero por obligación, de Madrid a Nueva York, Londres, Sofía, Moscú, Atenas, Ottawa... escriba de su tierra en los despachos de las Embajadas. No hay que sorprenderse de ese "localismo" de un hombre cosmopolita, experto en relaciones internacionales, en el trato con otras gentes, otros mundos. Vuelvo a mi metáfora del árbol: cuanto más recio sea su tronco, más elevada su altura, buscando el cielo y la luz, más frondosa su copa, más hundirá las raíces en la tierra de donde absorbe la savia que vivifica a la más lejana de sus hojas. El hombre, cuanto más se eleva y distancia de su tierra, más hunde en ella sus raíces, más "arraiga".

Pepe Cuenca es un serrano que ha aprendido a amar a su tierra desde la niñez, en cada verano de su infancia y de su primera juventud, y que vuelve siempre a ella, desde las cancillerías y los foros diplomáticos a pernoctar en el modesto hotel de la sierra.

El lugar de nacimiento es un dato de identidad de la persona, no sólo porque figure en el DNI sino porque condiciona su carácter, su forma de ser y de estar en el mundo. Pepe Cuenca lleva dentro de sí esa nota y la expresa, la comunica, escribiendo en la soledad y en la lejanía de un despacho de embajador, para recrear en el papel el paisaje y el paisanaje de su tierra.

El libro que hoy presentamos bajo el sugerente título de *La noche de bodas*, el primero de los once relatos que contiene, lleva un subtítulo que es una denominación de origen: *Relatos de Cazorla y de Segura*. Su sierra, su tierra. Porque este Embajador "en misión especial para el Medio Ambiente", es Embajador Permanente en el medio rural, en el campo, en ese rincón del mundo al que ama y con el que se identifica.

Once relatos cortos, once "cuentos", con el denominador común de la "unidad de lugar" en que transcurren. Decía en mi examen organoléptico que el libro "sabe a buena literatura". Y lo es la construcción de estos breves relatos, el arte de fabular en síntesis, de inspirarse en la realidad para crear ficción, de elevar la crónica a creación artística. Porque en la narrativa de Cuenca hay trozos de vida real, sucesos y vivencias, sublimados en la inspiración del escritor.

Escribir un cuento es tarea más intensa y ardua que componer una novela. Lo recuerda el autor en su Prólogo, con cita de García Márquez. No lo creía así mi maestro, el Prof. Garrigues. Cuando su hijo Eduardo, aún estudiante de Bachillerato, ganó el Premio Sésamo por su cuento “El canto del urogallo”, el padre creyó ver en la conducta del novel autor una cierta distracción de sus deberes escolares hacia la vida bohemia, más libre y divertida, del escritor. “Te has dedicado a *vivir del cuento*”, le reprochaba; y le retaba: “¡Escribe una novela, si eres capaz!” Creyó Don Joaquín que el volumen de la narración acrecentaba el mérito; pero no estaba en lo cierto. Con el tiempo, Eduardo, también diplomático de profesión, ha ganado la apuesta con más de una novela; queda por ver si mejoran su cuento de juventud.

Estos relatos de Cuenca son piezas maestras de narrativa breve, pero no apretada ni densa. Predomina en todos la descripción sobre la narración, o si se quiere, prevalecen el escenario y los personajes sobre la acción. No es que ésta falte; en cada relato se narra una historia, a veces trágica, misteriosa, enigmática, sin que falte la moraleja, la enseñanza final. Pero predomina la prosa descriptiva de la orografía de la sierra y del carácter de sus hombres y mujeres.

Es prodigiosa la descripción escrita de la tierra que ofrece Cuenca. Sólo su conocimiento del terreno, su amor y sus buenas letras pueden alcanzar el grado de perfección con que escribe y describe la brava naturaleza de las sierras. Baste, como pieza antológica, el párrafo inicial del primero de los relatos con que “se abre de capa” el autor:

“Si te asomas a los altos del Torcal del Lobo, puedes contemplar, al pie del cortadero, el angosto y hermosísimo valle del río Guadalentín. Sus aguas se descuelgan a empujones, cobran anchura y delgadez en el Vado de las Carretas y echan a correr barranco abajo, rumbadoras y apretadas, entre el alto farallón del Poyo Tribaldo y la espalda del Calar de Juana, para remansarse con pereza, salvada la Cerrá de la Herradura, en el espejo verdiazul de La Bolera”.

Son paisajes admirados, de una orografía estudiada y sabida; de veredas, cañadas, cordeles y caminos recorridos; de tierra vivida que el autor guarda en su retina y pinta con maestría en las páginas de este libro. Gracias a la magia de las letras, el lector ve el escenario que la pluma del autor pinta, con detalle y exactitud, en el lienzo de las páginas del libro. Un cuadro colorista de sus relatos “con un paisaje al fondo”. Sobre la tierra, su fauna y su flora. Se oyen en las páginas del libro el graznido de los grajos, el aullido del lobo, el ladrido del perro, el berreo de los ciervos y el balido de la cabra cimarrona y de la oveja. Vuelan las águilas, las perdices, las tórtolas, las codornices. Corre la liebre.

La sierra se puebla de pinares, de chopos, de robles, de olivos, de frutales, de lentisco, de setas, de hierbas aromáticas, de escobones, de escaramujos, de espinos y cardonchos.

Por encima, el cielo, ese cielo de cristal que ya sólo se ve desde la sierra, tachonado de estrellas en la noche amenazada por la contaminación lumínica de nuestros pueblos.

El lector convive con las gentes, el paisanaje, los actores protagonistas de estos relatos, porque más que *relatos*, son *retratos* con un paisaje de sierra al fondo. Y están bien poblados los relatos de un rico elenco de personajes; serranos, la mayoría, pero también otros “que no son del terreno”, en la expresión de aquéllos. Labriegos y pastores; cazadores y pescadores de río; guardas y furtivos; estraperlistas y guardias civiles; feriantes y tratantes; arrieros, cosarios y recoveros; carteros, pregoneros y recaderos; venteros y marchantes; cortijeros, peones, jornaleros y gañanes; pineros, hacheros; usureros y emigrantes; curas, sacristanes, sochantres y monagos; curanderos y brujos; comadronas y, sobre todos los gremios, el médico y el maestro, las profesiones heroicas en la tierra y en la época, los años cuarenta a los sesenta del siglo pasado, aún recientes las vivencia de la guerra civil.

El médico rural, a los lomos de caballería, luchador contra la enfermedad y contra los brujos y curanderos, la superstición y la superchería; el maestro, con la elegancia propia de la dignidad de su oficio, transmisor de educación y cultura, lector a la luz de un carburo, luchador contra la plaga del analfabetismo y contra quienes privaban de la escuela a sus hijos y, sobre todo, a sus hijas para no privarse ellos de la ayuda infantil en las tareas del

campo y de la casa. A ambas profesiones y a quienes las ejercen en el medio rural rinde justo homenaje el autor.

Sus actores son hombres y mujeres “de una pieza”, “ente-rizos”, como serranos, sufridos, víctimas de tiempos de hambre y miseria, de injusticia, en que los pantanos se tragan los pueblos y las hambrunas, la vida. Es la época de la emigración, del drama familiar de “me voy al extranjero”, “dejando tras de sí un oscuro nubarrón de tristeza y soledad”. Los pueblos perdieron la mitad de sus vecinos en diez años; las casas de labor se cerraron. “Como en España no se vive en ningún sitio, pero en España no se puede vivir”, le oí a un trabajador andaluz en Alemania por aquella época.

Hay en los relatos una sociología y una antropología del serrano, desde la descripción de sus usos y costumbres, su evolución, su gastronomía y su indumentaria, a su ética, su actitud ante la vida y sus convicciones morales.

En la ética del serrano reinan convicciones tan elementales como firmes, guías de conducta que se heredan en la transmisión de la cultura del pueblo:

“Nunca dejaron de cumplir su obligación: atender a los padres con respeto y diligencia, sacar los hijos adelante y traer para los suyos la leña, el pan y la cobija, que no pueden faltar en una casa [...] que es un crimen dar de lado o deshacerse de las personas mayores, como si fueran un estorbo”.

En la misma cama en que nació, debe morir el viejo. Sus virtudes son “paciencia, resignación y conformidad”, las tristes virtudes que “siempre han adornado la cabeza de los pobres”. Culto a la amistad y mutuo apoyo entre vecinos. El montanero tiene su propia deontología, sus preceptos específicos:

“... nunca se roban los huevos de un nido de perdiz, ni se cava una gazapera, ni se saca una cría de palomas”.

Y en la contratación, el serrano sabe que el estrechar la mano cierra el trato y obliga.

La economía del serrano se basa en el trabajo y en la utilización del ocio para las necesidades de la casa. Cuando el tiempo impide las labores del campo, se refugia en la casa y emplea las horas en la artesanía que aprendió de sus padres: con el esparto “cocido y ya picado” repone “sogas y criznejas”, remienda “la cubierta de la albarda”, refuerza “las esparteñas” hace “ramales y cordalillos” y prepara “vencejos mesegueros” (cuerdas para atar las mieses).

Degustamos en las páginas del libro los manjares serranos. Se saborea la gastronomía de la tierra y se aprenden sus recetas culinarias: la tortilla de niscalos (el hongo de los pinares), los avíos de matanza (los chorizos, el lomo conservado en orza y soasado, el tocino fresco o frito en torreznos), el borrego, el conejo (“frito con ajos y aromado de tomillo”), el tomate de la huerta (“partido en trozos grandes y aliñado con sal gorda, ajicomino y aceite” de la alcuza); el pan blanco y el vino tinto; o la dulce repostería de las papajotas, rosquillas y flores de lis.

Cuenca diseña al detalle los vestidos de las gentes, desde el de “cumplido” –“chaqueta de pana negra, calzón prieto y botonadura de plata”, para los hombres; “traje de lustre, zapatos de trebilla y medias finas”, “velo de encaje, prendido con aderezo de plata”, “corpiño de terciopelo bordado de hilo fino”, para las mujeres- hasta el de faena: camisa militar o blusón; chaqueta y calzón de pana, “protegido en las perneras por angaripolas de badana”; “culero de pellejo”, para “soportar las humedades al sentarse encima de las piedras descarnadas o el santísimo suelo”; chaleco de correal; cinto de piel brava; calcetas de lana, peales, bendos; abarcas o esparteñas; boina, montera de pellejo o gorra, capotón y bufanda.

El autor describe cómo hablan los serranos y escribe como hablan los serranos. Refleja el habla del pueblo con fidelidad, hasta en la grafía que reproduce su fonética. El trueque de la vibrante *r* en la consonante lateral *l*, que cambia el infinitivo de los verbos; las *síncopas* o pérdidas de sonidos en una palabra se reflejan en la escritura de este libro. No alcanza a transcribir la apertura de las vocales, típicas del habla de Jaén. Recuerdo que cuando Don Ramón Carande pasaba lista -debíamos responder con un “servidor”- y un alumno contestaba “*salvidó*”, o algo así,

el Profesor alumbraba su faz con una sonrisa triunfante y afirmaba: “¡El señor es de Jaén!”. Al ver confirmado su aserto, D. Ramón exclamaba gozoso: “¡No me falla uno! Porque sus vocales *a* y *o* son aún más abiertas que las cordobesas...”. No sé si la tesis lingüística del eximio profesor era tan cierta como sus aportaciones a la historia de la hacienda española, pero la práctica parecía confirmarla.

Mas no es la fonética, sino el vocabulario el que constituye la más rica cosecha literaria de este libro. José Cuenca alumbró el caudaloso venero del lenguaje que corre por las entrañas de la sierra y nos sorprende con un amplísimo repertorio de vocablos castizos, conservados en la lengua del pueblo, del campo, salvados de esa espantosa pérdida que diezma el idioma español, víctima de persecución en su propio solar, mutilado en el habla y no digamos en la escritura por gentes de “alto” nivel académico –universitarios- que en la enseñanza media no aprendieron a escribir y, lo que aún es peor, ni a leer; destrozado en los mensajes electrónicos -el medio de comunicación de nuestro tiempo- y empobrecido en el uso cotidiano de quienes no saben expresarse. Nuestro campo y, más aún, las naciones hispanoamericanas son los mejores custodios de la lengua de Cervantes.

Vocablos perdidos, salvados de la quema, lucen a cientos en las páginas del libro. Y con ese instrumento de la lengua, el escritor crea belleza, la del arte de la literatura.

Mientras la lengua “burguesa” -de la ciudad- se empobrece, estragada por la urgencia, la brevedad, la rapidez y la utilidad de las comunicaciones, que corrompen la ortografía y adulteran la sintaxis, la lengua “rural” conserva la riqueza de un léxico, de un caudal de voces, giros y modismos que constituye un verdadero patrimonio cultural. Es lamentable que los instrumentos electrónicos, tan eficientes para el cultivo de las letras si se usan correctamente, se conviertan en destructores de la lengua.

José Cuenca ha rescatado para el lector ese tesoro de la lengua de su tierra, gracias a una labor que exige constancia, tiempo, buen oído, curiosidad y amor.

Léxico y estilo, porque el modo de escribir de nuestro autor produce una prosa elegante y jugosa, rica en matices, brillante y sabrosa. El Embajador es buen amigo de Don Quijote y en

el estilo de este libro se nota la influencia de su creador. ¡Buen maestro y buen discípulo!

La Academia sueca nos ha recordado recientemente que la lengua española no sólo sirve para delinear “la cartografía de las estructuras del poder”, sino para crear belleza. Mario Vargas Llosa, peruano, descubierto y lanzado a la literatura por Carlos Barral, catalán, atraído por la Barcelona de los 70, la capital abierta a Europa y al mundo, cosmopolita y culta de aquel tiempo, que el autor habitó en el barrio de Sarriá, es un ejemplo de cómo crear belleza con el español, mientras otros se afanan en ignorarlo, en preterirlo, en empobrecerlo, con la miopía de los nacionalismos. ¡En el pecado llevan la penitencia!

Obras como la que hoy presentamos abren las puertas de la esperanza y confirman la fe en la belleza de una lengua que es creadora de belleza y no sólo medio de entendimiento entre más de quinientos millones de habitantes del mundo.

No puedo terminar sin hacer una confesión íntima. Yo he saboreado y disfrutado la lectura de este libro, muy especialmente, porque la he hecho en mi tierra y en mi sierra, colgado en la cornisa del Tajo de Ronda, viendo volar a los grajos “por el lomo” –como dijo en el Congreso de los Diputados Ríos Rosas, uno de nuestros ríos caudalosos, cuando un adversario le tildó de “altivo”-, asomado al Guadalevín cuando salta la garganta del Puente Nuevo, absorto en la contemplación del paisaje de su valle, donde la cascada se remansa para regar las huertas de casitas enjalbegadas, ese “Belén de tierra y más de sueño” que cantó Dionisio Ridruejo en la Navidad de su confinamiento político. Allí, frente al farallón, en el paisaje que cierra la crestería de nuestras sierras, se saborea mejor la buena literatura serrana, tan cercana, tan coincidente. ¡Hasta hay otro “Pasoslargos” en las sierras jiennenses!

En Ronda, “con esa parsimonia con que *sabemos* hacer las cosas los serranos”, he leído tu libro, querido Embajador, he gozado de la belleza de tu prosa, de tu paisaje y de tu paisanaje, tan parecido al mío; he meditado, me has hecho pensar. Gracias y enhorabuena. En esta Casa, que es templo de las Buenas Letras, te felicito por las tuyas y espero poder leerte muchas más. Gracias a todos.